

**LA ESFERA Y EL BOSQUE.
ESCRIBIR Y LEER EN LA ÉPOCA DE INTERNET**

ENTREVISTA A CHRISTIAN FERRER¹

Sociólogo y ensayista. Profesor de la carrera de Ciencias de la Comunicación de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, especializado en temas de técnica y sociedad y aficionado a las ideas libertarias. Integró los grupos editores de las revistas *La caja*, *El ojo mocho* y *La letra A*, y actualmente es integrante del grupo editor de la revista *Artefacto. Pensamientos sobre la técnica*. Entre sus libros publicados se cuentan: *Mal de ojo. Crítica de la violencia técnica* (Barcelona, Octaedro, 2000); *Cabezas de tormenta. Ensayos sobre lo ingobernable* (Buenos Aires, Utopía Libertaria, 2004, 2008, 2012, 2108); *El sufrimiento sin sentido y la tecnología* (Logroño, Pepitas de Calabaza, 2006); *Barón Biza. El inmoralista* (Buenos Aires, Sudamericana, 2007 y 2015); *La mala suerte de los animales* (Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2009); *El entramado. El apuntalamiento técnico del mundo* (Buenos Aires, Godot, 2011); *Camafeos* (Buenos Aires, Godot, 2012), *La amargura metódica. Vida y obra de Ezequiel Martínez Estrada* (Buenos Aires, Sudamericana, 2014); *Los destructores de máquinas y otros ensayos sobre técnica y nación* (Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2015); y *El corazón empurpurado. Epistolario e historia* (Buenos Aires, Urania, 2017). También ha publicado, como compilador, *El lenguaje libertario. Antología del pensamiento anarquista contemporáneo* (Buenos Aires, Utopía Libertaria, 1990, 2003, 2015); *Prosa plebeya. Ensayos de Néstor Perlongher. 1980-1992* (Buenos Aires, Colihue, 1997); *Lírica social amarga. Últimos escritos de Ezequiel Martínez Estrada sobre ajedrez, ciudad, técnica, paradoja* (Logroño, Pepitas de Calabaza, 2003); *Victoria Ocampo y Ezequiel Martínez Estrada. Epistolario* (Buenos Aires, Interzona, 2013); y *Folleto anarquistas en Buenos Aires. 1895-1896* (Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2015).

—En un breve texto dedicado al e-book (“La tableta de luz”), mencionabas que te sorprendían los debates acerca de las bondades –o maldades– del dispositivo mismo desde el momento en que era el soporte técnico de la lectura y no la lectura en sí, lo que parecía cuestionado; es decir, “lo que está en juego trasciende a la

¹ La entrevista fue concebida y producida en el marco del *dossier* que integra este número.

novedad tecnológica y no concierne tanto al futuro del acto de leer sino a la posible relegación del libro como emblema de una superioridad moral”. ¿Podés explayarte acerca de la superioridad moral del libro?

—El soporte técnico no es la cuestión si bien modifica la experiencia de la lectura, e incluso puede desbaratar la relación memorística mantenida con el pasado —lo que se decide recordar o no hacerlo—. A pesar de los siglos transcurridos desde la invención de la escritura, no ha habido tantos momentos de cambio esencial en las tecnologías de la lectura. Diría que fueron dos: la sustitución del rollo por la página como unidad de percepción de lo escrito, hacia fines del Imperio romano, y la reinención europea de la imprenta de tipos móviles, en Maguncia, en el siglo XV. Pero conviene tener en cuenta que estas dos transformaciones no atañían a tantas personas, en todo caso no a la mayoría de la población, sino a personal letrado específico (escribas, burocracias, comerciantes, “intelectuales” de monasterio, castas gobernantes). La imprenta —lo mismo—: buena parte de lo que se enviaba a letra de molde eran Biblias, textos religiosos, disposiciones gubernamentales, o bien libros que solo los “sabios” y los alfabetizados podían entender. Después de todo, hasta mediados del siglo XIX —no hace tanto— la mayor parte de la población no sabía leer. El crecimiento exponencial de la cantidad de textos impresos para uso comercial o administrativo, o bien de instrucciones que los trabajadores debían memorizar, fue lo que modificó la experiencia cotidiana de la lectura, al menos masivamente, y para ello fue necesaria la escolarización obligatoria. Otros pueblos —fuera de Occidente— se las arreglaban muy bien con sus tradiciones de transmisión oral de la memoria de la tribu y de sus organigramas sociales. Ahora, la mundialización de Internet está cambiando el estatuto de la información en sí mismo, y también el modo de producirla, aunque tampoco podemos saber todavía qué tipo de lectura está induciéndose. Es cierto que la abundancia de pantallas hace que el formato libro parezca amenazado, y que ese temor “acusa” a las novedades tecnológicas de mancillar un objeto elevado casi a estatura de ícono, pero también resulta ser un modo de disimular que es justamente la gente “educada” la que está adecuándose velozmente a este “*orbe novo*”. Basta pensar en las universidades, que son institutos de formateo de personal letrado, en el modo en que compelen a escribir, publicar y difundir información a la que todavía llamamos, con algún grado de inocente devoción, “conocimiento”. Allí, las reglas formales de organización de la gramática, de presentación de “pruebas” y de sujeción a jergas conceptuales “del momento” consiguen que todos escriban con los pies —para evitar sacarlos del plato, lo que supondría “romper códigos”— lo que encima cuesta

trabajo digerir con los ojos. Son ya demasiados los que se dedican a escribir lo que saben que ningún otro va a leer –o muy pocos, en todo caso–. Pareciera como si se nos estuviera entrenando para asegurar el triunfo del método científico por sobre la curiosidad por saber, en caso de que no hayamos devenido, en verdad, en cobayos de un gran experimento científico, algo así como la puesta a punto de una ubicua máquina kafkiana de inscripción de la ley, de la que se toma conciencia únicamente cuando se ha puesto el punto final en el último *paper* que escribamos. Ocurre que la ley se intruye por la espalda, por no decir por la puerta trasera de la computadora. Todos somos actores de este proceso, nos guste o no la obra en curso, porque ninguno de los teatros de la crueldad que visitamos obligadamente cierra jamás sus puertas.

—¿La supuesta superioridad moral del libro coloca entonces en posición de superioridad moral a su autor o autora? Gran parte de la dinámica del dispositivo libro suponía una distancia entre su concepción, su escritura, luego su impresión y su difusión; las escrituras de la red son en cambio acuciantes, responden al debate del momento. ¿Cómo ves la intervención de los llamados “intelectuales” en este tipo de debates de la hora valiéndose de la escritura electrónica en redes? ¿Cómo queda parada su pretendida superioridad moral?

—A priori, no puede atribuirse al consumo de libros un aura de “superioridad moral”. La lectura no necesariamente hace del lector alguien más culto, avispado, renegado o deconstruido. A lo largo de la historia del libro, el 99% de lo publicado –o de lo filmado para cine o televisión– no merece otra piedad más que su preservación en bibliotecas públicas o filmotecas especializadas. Pueden suscitar, retrospectivamente, curiosidad o devenir objeto de investigación, cuando no saciar el fetichismo de los bibliómanos, pero eso también lo conseguiría casi cualquier otro utensilio o producto manufacturado mucho tiempo atrás y al que se le adosara el marbete de “cultura” –por cierto un sello de calidad omnipresente, pues casi todo termina siéndolo–. Después de todo, también los museos necesitan contratar *coiffeurs* de vez en cuando si pretenden no desinteresar a los turistas o, peor, perder su pequeña tajada de partida presupuestaria estatal. Es cierto que los cánones “culturales” están sujetos a la crítica o el descarte –por exceso de clasicismo, o de eurocentrismo, o de machismo, o bien por déficit de “incorrección”, de audacia o de capricho–, pero existen las varas de medida –personales o grupales– en lo que respecta a méritos y deméritos. Algunas varas son para florearse, otras, para fungir de floretes. En

todo caso, el tiempo, más que ser un juez severo o justo, hace de sepulturero. Hay que pensar que de lo eyectado por la imprenta, aquello que tuvo su momento de “superioridad moral”, hayan sido libros “de horas”, tratados de la razón o manuales de estrategia insurreccional, la mayor parte se degradó o no dejó fruto alguno. Tampoco hay por qué suponer que lo no registrado en arcilla, pergamino o papel carece de “importancia”, aún si quedaron pocos vestigios. Es el caso, por ejemplo, de las canciones de cuna de siglos atrás, o el de los piropos callejeros ahora destinados a la extinción oprobiosa, para no mencionar las invenciones afectivas de tiempos pretéritos –casi que hay que adivinarlas–. Lo que hoy es decretado moralmente importante pudo no haberlo sido antes, y tampoco podemos saber qué elegirá resguardar el porvenir de nuestro obrar actual. La idea de superioridad moral de lo escrito es moderna, está vinculada a la alfabetización masiva y al momento estelar –no más de dos siglos– de que disfrutaron unas cuantas cohortes de “hombres de ideas”, figura a la que además es preciso poner en cuestión. En verdad, y a pesar de algún que otro lamento, los así llamados “intelectuales” lograron habituarse con notable ductilidad a la escritura electrónica en redes. Al fin y al cabo, emitir ideas o creencias en formato libro no es tan distinto de hacerlo en el formato de las redes sociales: en ambos casos se ocupa el puesto de “emisor”, entendiéndose que nadie tiene hoy permiso para no emitir información puesto que es requisito de supervivencia. Puede, en Argentina, detectarse un momento-bisagra, ocurrido entre la década de 1990 y la del 2000, cuando los intelectuales que se prodigaban en bares, mesas redondas o revistas “de resistencia” –dispositivos poco efectivos ya– comenzaron a modelarse para realizar súbitos *stand-ups* en la programación televisiva, como hoy lo hacen en los 360 caracteres de Twitter. Dado que la televisión era predefinida como “aparato ideológico del Estado” –medios hegemónicos se les dice ahora–, la forma de salvaguardar la superioridad moral del hombre o mujer de ideas era presentarse en pantalla a modo de partisano –“el que toma partido”–. Decían que sus paseos por “territorio enemigo” no eran definibles por el medio tecnológico en sí, sino por la posición política o ideológica anticipada. En fin, una ingenuidad –cuyo objetivo no tan cándido era la justificación de sí mismos–.

—Si pensamos en términos de una economía política de las imágenes y los textos, las primeras, sin duda, entran hoy en los sistemas más obvios de producción del capital. Los artefactos considerados como prótesis subjetivas (el teléfono, principalmente) se convierten en agentes extractivos, succionadores de cada capricho e impulso y, *big data* mediante, esas inclinaciones se traducen a

productos que el mercado nos ofrece. El mercado incluso ofrece militancias a la distancia de un clic, experiencias emancipadoras, libertad, empoderamientos, revoluciones. ¿Cómo impactan con estos modos de la libertad los discursos de los intelectuales o, más bien, cómo impactan los intelectuales mismos en ese escenario?

—Sin un “mercado de la ideología”, los discursos de los intelectuales no hubieran tenido mucho impacto. Esos mercados para las ideas se abrieron en el siglo XIX merced a la proliferación de la prensa periódica, el abaratamiento de costos de edición, y audiencias necesitadas de explicación unitaria a la incomprensible o confusa o fragmentada experiencia de la vida urbana y ciudadana modernas. De allí en más, hubo franquicias disponibles para la circulación de ideas en partidos políticos, sindicatos, departamentos gubernamentales específicos, en las universidades, en espacios de formación “cultural”, y en la televisión también. Era preciso ofrecer claves de comprensión del mundo en una época, no tan distinta de la nuestra en esto, en la cual se estaba produciendo una renovación continua de las tecnologías comunicacionales —telégrafo, cable submarino, transmisión de fotografías a distancia, más la radio y el cine—. De modo que el mercado de las ideas y las “nuevas tecnologías” siempre ha vivido en convivencia, o bien en concubinato, en el caso de que las ideas fueran transgresoras o circularan en la clandestinidad. En todo caso, era la conversación ciudadana —en cafés públicos, en mítines partidarios, en sets de televisión, en asambleas de estudiantes, etcétera, etcétera—, donde las noticias e ideas adquirirían estatuto de mercancía, al igual que las mercancías “físicas”, pues existen los espacios de adquisición, acumulación y gestión de capital simbólico con sus correspondientes tasas de interés narcisista y sus dividendos honoríficos prorrateados a lo largo de una carrera intelectual, literaria, académica, y así sucesivamente. Las redes sociales más conocidas de ahora —YouTube, Facebook, Twitter, más las que rápidamente vendrán— continúan ese modelo de vinculación entre innovaciones de tecnologías comunicacionales y mercado de ideologías, solo que el personal a cargo de los discursos ahora debe adaptarse a protocolos de velocidades urgidas, modelaciones de retórica y apariencia que no excluyan una dosis de *sex-appeal* que llame la atención, y una cuota aún tolerable de agresión psicopática. No obstante, los circuitos de recorrido de discursos intelectuales en las redes sociales suelen ser endogámicos y difícilmente logran atravesar los muros de un mercado relativamente pequeño —la opinión pública “informada”—, más allá del cual hay millones de personas que dan sentido a sus acciones y creencias a partir de consumos culturales bien distintos.

—El humanismo sigue relegando, en la mejor tradición cristiana, el mundo de las imágenes al desván de la experiencia pobre, lo inauténtico, lo poco profundo, lo falaz, incluso lo peligroso o lo que corrompe con frivolidad. En ese mismo texto, observabas que hay libros “que no dan la talla del árbol serruchado” y que el problema sigue siendo el valor de lo escrito, igual que puede cuestionarse el valor de la imagen. El punto nodal era, en tus palabras, el “imperio de la información”, más que el imperio de la imagen. ¿Podrías ampliar esta idea?

—En todas las culturas habidas la relación mantenida con las imágenes siempre ha sido continua, opulenta y poderosa, e incluso, en muchas, abrumadora, particularmente entre pueblos sin escritura. No, no siempre las imágenes han sido depreciadas por pobres o falaces, tampoco en la tradición cristiana, donde las tendencias espirituales ascéticas han convivido con imaginerías exuberantes, cuando no barrocas. Tampoco daría mucha importancia a conceptos-paraguas tales como “humanismo” y “poshumanismo”, que pueden haber servido para abrir un campo de debates pero también para delimitarlo y establecerle incumbencias, haciéndolo devenir por un tiempo en coto de caza académico, minimercado editorial o veta temporal para suplementos culturales. Quizás no sean categorías conceptuales tan fértiles y ya el recurso de anteponer el prefijo “pos” supone una confesión de debilidad, como sucedió con algún caso previo en la década de 1990 – posmodernismo, por ejemplo—. Cuando una época no puede bautizarse firmemente a sí misma, el parricidio resulta ser más bien retórico y poco arriesgado, caso distinto de la gran separación antagónica anterior, la de los “antiguos” y los “modernos”. Supongo que se intenta insinuar que la pregunta clásica del humanismo, “¿qué es el hombre?”, o bien su variante actual, “¿qué es la mujer?”, ya puede ser abandonada en caso de que las posibilidades tecnológicas de hoy posibiliten la superación del “ser humano” actual por formas de vida dotadas de sensorialidades “reforzadas”. Por lo pronto, a juzgar por los prototipos en plaza, se estaría antedatando la llegada de lo que no se sabe si vendrá. Tanto los preocupados porque la técnica vaya a devorarse el mundo, como los forofos de los posibles beneficios de la inteligencia artificial corren el riesgo, y sobre el mismo eje, de ponerse a ordeñar la nostalgia o a proyectar ilusiones sobre el telón en blanco del futuro. Más difícil es soportar el presente. Por “imperio de la información” entiendo una suerte de esfera de “adentro sin afuera” en la cual el formateo de lo que debe ser pensando y actuado es constante y dependiente de tecnologías interconectivas o “comunicacionales”, como se les dice, y en donde se nos “da forma” –es eso lo que

quiere decir “información”-. Por un lado, se establecen los límites de lo pensable y también de lo visible –consecuentemente, de lo impensable y de lo que debe ser apartado de la vista-. Por el otro, esa “esfera”, cuyas terminales nerviosas son pantallas, no solo hacen que el mundo sea formulable primordialmente bajo forma de imagen, sino que en ella se establece un gigantesco campo de entrenamiento para la subjetividad –en lo que hace a entretenimientos, extensión de la jurisdicción laboral, control de desplazamientos, monitoreo y promoción de creencias–, cuyos objetivos parecen estar siendo inventados sobre la marcha. A esa esfera –sería la “técnica absoluta”, como antes hubo, en la época moderna, un ideal de “razón absoluta”– también se la podría llamar “voluntad de poder”. Otros modos de acceso no-cogitativo al mundo, o bien no informados por medios predominantemente tecnológicos, son opacados o bien enviados al ocaso.

—El imperio de la información parece vinculado con el imperio de la conectividad. El estado de normalidad para el individuo es “estar conectado/estar disponible” y esta dinámica es sinónimo de la interrupción permanente. ¿No sería más grave que la sobreabundancia y no jerarquización de la información la alteración de los parámetros temporales en la que viven quienes quieren escribir y leer, educados en una morosidad para la que casi no hay refugio?

—La lectura de tipo “utilitaria” siempre existió, sean los libros que se ingieren durante la etapa de formación profesional, los instructivos para completar formularios o los manuales de educación sexual. Incluyo en el ítem “lectura utilitaria” el consumo de noticias, de artículos sobre coyuntura política, los *papers* de “actualización” de los estados del arte en un área de investigaciones, en fin, el tipo de lectura un poco “obligatoria” y que demasiadas veces viene con certificado de defunción adosado. El resto –la lectura por placer o por adicción casi psicotrópica, sino perversa– implica un retiro, un retraerse, una soledad. El vínculo entre autor y lector pasa a ser una suerte de llamada de infancia a infancia, y el del tema del libro elegido y la curiosidad que busca ser satisfecha, un juego entre escondites. Leer no es una actividad colectiva, es para seres que roban tiempo al tiempo para crearse un desierto interviniente. En ese ensimismamiento está el oasis. Cosa distinta es lo que pueda decir la historia y la sociología de la lectura, o bien los responsables de la Feria del Libro o del ministerio correspondiente. Leer un libro significa estar en un cuarto propio, en estado de ebriedad

ascética, y quizás en conexión implícita con los órganos de la sexualidad. Es cosa de gente que se interna en el bosque.

Fecha de recepción: 30 de abril de 2019

Fecha de aceptación: 21 de mayo de 2019

Licencia



Atribución – No Comercial – Compartir Igual (by-nc-

sa): No se permite un uso comercial de la obra original ni de las posibles obras derivadas, la distribución de las cuales se debe hacer con una licencia igual a la que regula la obra original. Esta licencia no es una licencia libre.

